

NUEVAS REALIDADES Y SANTIDAD PRACTICA: FORMANDO RESPUESTAS
NAZARENAS A LA URBANIZACION Y A LA POBREZA URBANA EN EL FUTURO.

Deirdre Brower-Latz, Rector, NTC Manchester

"Pues somos hechura suya, creados en Cristo Jesús para buenas obras, las cuales Dios preparó de antemano para que anduviéramos en ellas." (Ef. 2:10)

"Venid, benditos de mi padre, heredad el Reino preparado para vosotros desde la fundación del mundo, porque tuve hambre y me disteis de comer; tuve sed y me disteis de beber; fui forastero y me recogisteis; estuve desnudo y me vestisteis; enfermo y me visitasteis; en la cárcel y fuisteis a verme." (Mat. 25:34, &c.) "De cierto os digo que en cuanto lo hicisteis a uno de estos mis hermanos más pequeños, a mí lo hicisteis." Si esto no le convence que la perseverancia en obras de misericordia es necesario para la salvación, considera lo que el Juez de todos les dice a aquellos a su izquierda: "Apartaos de mí, malditos, al fuego eterno preparado para el diablo y sus ángeles, porque tuve hambre, y no me disteis de comer; tuve sed, y no me disteis de beber; fui forastero, y no me recogisteis; estuve desnudo, y no me vestisteis; enfermo y en la cárcel, y no me visitasteis." Como se notará, fuera por este factor únicamente, éstos deberían "apartarse" de Dios "a un castigo eterno." -

... Visitando los enfermos: Un deber básico, que todos los de buena salud pueden practicar a mayor o menor grado; y que, sin embargo, es descuidado casi universalmente, aun por aquellos que profesan amar a Dios. – Sermón 98: "Sobre la Visitación a los Enfermos" Edición Bicentennial, Obras, Vol. 3: 386.

"Una razón grande por la cual los ricos, en general, tienen poca simpatía por los pobres, es porque pocas veces los visitan. Por eso es que, de acuerdo a observación común, una parte del mundo desconoce lo que la otra parte sufre. Muchos desconocen, porque no desean conocer: mantienen su distancia de ese conocimiento; y después usan esa ignorancia voluntaria como excusa por su dureza de corazón. "En realidad, Señor," dijo una persona de grandes recursos, "Soy un hombre muy compasivo. Pero, para decirle la verdad, no conozco a nadie en el mundo que tenga necesidad." Como puedo ser eso? Bueno, este hombre tomo grandes precauciones para evitar conocer la necesidad; y si por acaso sin darse cuenta se encontrara con algún necesitado "pasó por el otro lado." – Sermón 98: Sobre la Visitación a los Enfermos, Edición Bicentennial, Obras, Volumen 3: 387.

Introducción: El Nazareno... y la gente pobre

La pobreza casi siempre tiene cierto sentir y apariencia. Dado que yo vivo en una ciudad, de necesidad reflexiono sobre la pobreza dentro de este contexto urbano. Al inicio de este documento, quiero notar que reconozco que la mayoría de los pobres del mundo (por lo menos a la hora de escribir este ponencia) aún viven en zonas rurales, y que el énfasis y la atención que yo le doy a la pobreza urbana no sugiere que la pobreza urbana deberá ser nuestro enfoque exclusivo¹. Tampoco son pobres todos los que viven en comunidades urbanas. Sin embargo, como la mayoría de los practicantes, tengo mayor consciencia de la realidad de mi propio contexto, y durante los últimos veintitrés años me he sentido obligada a vivir en la ciudad y atender a mis vecinos, y muy a menudo, esos vecinos son vecinos pobres.²

Al mismo tiempo, he fungido como teóloga práctica, empleada (con salario!) dentro de una institución de la iglesia, enfatizando educación, aprendiendo, capacitando a hombres y mujeres a servir a la iglesia. Como parte de mi papel e investigación, me he dado al estudio de Wesley, leyendo sus sermones, considerando su actividad dentro de su contexto como un antecedente y ejemplo de buena práctico (por lo menos en su vida ministerial). En ese empeño, inevitablemente me ha asido su perspectiva de lo que significa ser un cristiano, ejerciendo prácticas que forman la vida y la iglesia. Entre otras cosas, su Sermón 98, “Sobre la Visitación a los Enfermos” ha sido una fuente de gran consternación e inspiración, pues, al leerlo, me veo a mi misma y soy desafiada.

En muchas ciudades globales, la pobreza muchas veces está [cuidadosamente e intencionalmente] escondida en lugares donde la gente no frecuenta, con vías cuidadosamente diseñadas para esquivar esas zonas. En muchas ciudades hay una apariencia de pobreza: niños y adultos menos-desarrollados, una reflexión de sus calles, escuelas y espacios públicos; casas descuidadas, un ambiente de quebranto, escuelas con pocos recursos y mal-equipados, las cirugías de médicos, un remolino de problemas sociales que inexorablemente sigue tragándose a más y más personas. Hay problemas múltiples los cuales identificamos con la pobreza: la adicción, niños callejeros, la vida sexualizada, la vida en la calle sin casa donde albergarse, la desesperación. Aunque, claro está, mucha gente pobre son iguales a usted y a mí, solo que no tienen las mismas opciones, pasaportes y oportunidades. En muchos

¹ Vea, por ejemplo: Informe de Pobreza Rural, 2011.

http://www.un.org/en/globalissues/briefingpapers/ruralpov/pdf/ifad_rural_poverty.pdf

<http://www.tricleup.org/poverty/rural-poverty.cfm>;

² Me doy cuenta que no todos los que viven en la ciudad son pobres; Yo soy ejemplo de eso.

lugares la pobreza parece ser contagiosa, se multiplica y distribuye y de pronto vecindarios enteros llegan a ser los vecindarios “pobres” del pueblo. En muchos lugares, los problemas de la pobreza contaminan la vida de los afectados, como una plaga que sigue afectando a sus hijos y hasta a sus nietos.

Las respuestas comunes a tal pobreza urbana parecen tomar direcciones particulares: huir de ella; evitarla; dar una respuesta profesional; categorizarla; criminalizarla; relativizarla; o hacerla invisible. Otra posibilidad es objetivizarla – estudiarla, y así deshumanizar a los hombres y las mujeres hechos cautivos por la pobreza.

En este documento estoy haciendo el argumento que la comunidad de iglesias que conocemos como la Iglesia Internacional del Nazareno, por nuestro ADN, nuestra herencia genética por decirlo así, y por nuestras declaradas pautas teológicas de misión, no puede escoger una de estas opciones. Más bien, tomo la posición de que la única opción posible para los que toman el nombre de Nazareno, es de recobrar un elemento de nuestra identidad formada por un compromiso persistente para con la santidad, ejercida en el contexto de la vida de los pobres, junto con los pobres, para los pobres y con la participación de los pobres. Creo que este es uno de los aspectos medulares de la identidad nazarena que es un legado de las dos líneas antecedentes de nuestra familia: por las acciones, ministerio y proclamación de nuestros fundadores del Movimiento Americano de Santidad y por medio de las acciones, ministerio y proclamación de nuestras raíces wesleyanas. Esta herencia doble significa que el énfasis sobre responder a la pobreza urbana con un mensaje de esperanza y buenas nuevas es esencial a quienes somos.

Para argumentar estoy trabajando con varias suposiciones. Primero, que la mayoría de mis oyentes aceptan el hecho de que la pobreza existe. Segundo, que la mayoría aceptan la idea de que la pobreza no es la voluntad de Dios para su pueblo. De hecho, lo opuesto es cierto, que lo que es destructivo hacia la prosperidad humana es una manifestación de las potestades y poderes que Dios busca invertir en el ser y la persona de Jesús. Tercero, que el proceso de urbanización no va a desaparecer – y que ese jalón hacia la ciudad como lugar de esperanza para los pobres de las zonas rurales no siempre encuentra realidad igual a esa esperanza en la ciudad. Así que – ¿cuáles son las maneras en que la iglesia, nuestra iglesia, puede responder a las necesidades de los pobres urbanos?

Escuchando la historia de la pobreza y respondiendo a las necesidades profundas.

La realidad de la pobreza es que es mucho más compleja y matizada que una sencilla descripción como “se volvieron pobres.” Hay tanta variedad en las historias de los pobres, que necesitamos escuchar las voces de los pobres. El escuchar requiere el dar tiempo, poner atención, y mostrar compasión; la habilidad de sentarse con gente y escuchar lo que se dice y lo que no se dice. El escuchar las historias de pobreza empodera a los que dan voz a su historia – asegura que se les conozca, que tengan un nombre, que se les escuche. Tal escuchar es responsabilidad pastoral y congregacional. No es fácil este tipo de escuchar. Los ciclos de pobreza con que nos encontramos pueden ser frustrantes, pueden quebrar el corazón, pueden traumatizarnos y quitarnos poder al escuchar. Imagínese entonces si estas historias fueran la realidad de su propia vida.

La relevancia de una conexión personal con gente que está experimentando pobreza puede tomar varias formas – en un mundo profundamente cristiano, habrá un compromiso mutuo, el escuchar profundamente de la vida de cada uno, el compartir una comprensión, y claro, la disminución de necesidad.

Desafiando prácticas opresivas.

Claro que no es suficiente el escuchar. Como cristianos evangélicos, somos activistas. Al ver una necesidad, nos sentimos obligados a responder. Respondemos ofreciendo ropa, comida, auxilio, albergue, apoyando físicamente, y mejorando la calidad de vida. Obviamente esto es importante, necesario, y de valor. Sin embargo, hay un peligro en tales prácticas si sencillamente colaboramos con la opresión al esconder su daño, lijando lo áspero con nuestra intervención y escondiéndonos de la responsabilidad de proclamar verdad ante poder.

El papel de la iglesia como agente de gracia transformadora, es de hacer la transición desde el activismo por sí solo, hacia un activismo que desafía en forma poderosa a las estructuras y a los males sistémicos que crean y habitan los sistemas que cautivan y destruyen. Sean sistemas gubernamentales, sociales, culturalmente normativas, o basadas en estructuras de familias, el papel de la iglesia es de tener tal ética de presencia encarnada y proclamar la verdad ante poder hasta que las palabras de Jesús en Lucas 4 vuelven a ser simbólicamente repetidas en el presente.

No es un desafío fácil. La opresión no siempre es fácil de identificar. Usa muchos disfraces y toma muchas formas, a veces algunas que parecen legítimas.³ Los desafíos que debemos hacernos, sin embargo, son vitales: la iglesia colectivamente tiene la posibilidad de, con oración y reflexión, identificar aquellos lugares que tienden a silenciar y a deshumanizar a los pobres. La iglesia tiene la capacidad de nombrar, conocer, abogar por y dar voz con otros acerca de los pecados que tratan de oprimir y traer muerte a través de la pobreza.

Sin embargo, tal respuesta – vital como sea – tiene una posibilidad peligrosa – la de objetivizar “al pobre” como una causa, en vez de personas, con nombres, personas conocidas por nosotros, nuestros amigos, nuestros amados. Los pobres están allá, son Aquellos, y esta aproximación implica que nuestros esfuerzos bien-intencionados de *hablar por la causa* de los pobres, puede quitar el poder y el ánimo de *hablar a la par de los pobres o de dentro de la pobreza*. Los desafíos por delante de la iglesia incluyen el abogar por la justicia, el participar en la vida de los pobres, y actuar en pro de los pobres mismos al integrarse ellos en las congregaciones para llegar a ser realmente iguales. Equipados y empoderados para servir el Reino en sus ambientes urbanos, no satisfechos con la pobreza urbana que experimentan, y parte del esfuerzo por redimir y restaurar los sitios de la ciudad que ellos ocupan, como lugares donde Dios está obrando.

Ubicación en los lugares marginados

Ubicación, ubicación, ubicación: Hay una larga historia del aburguesamiento y de los efectos resultantes de “redimir y alzar” en la vida de nuevos creyentes. Para aquellos de las zonas marginadas de la ciudad quienes, por causa de su conversión y transformación encuentran un cambio de valores que muchas veces les conduce a mayor educación, prosperidad, oportunidad y opciones (tanto personalmente como corporativamente), es desafiante mantenerse comprometido con las zonas marginadas de la ciudad y su ambiente matizado de riqueza y pobreza. La cultura de dejar la ciudad para buscar espacios alternos, de mudarse hacia un estilo de vida que depende de una visión particular de vida íntegra, a veces es vista como una transición vital para poder salir de la pobreza que ha sido la realidad de uno. Las opciones inversas, tomadas por algunas personas, de reubicarse en lugares marginados para que la misión tome cuerpo en ese contexto es significativo en el sentido de identificación con los pobres. Claro que también se podría interpretar como condescendiente, lleno de esperanza, un regalo, o el tomar la casa que otro necesitaba... Dependiendo de la

³ Por ejemplo las economías de mercado pueden influenciar y resultar en pobreza...pero son bienvenidas por muchos, incluyendo cristianos, como la mejor forma de vida.

cultura que lo recibe, hay desafíos grandes con tal opción. Cuan significativa sea para uno como decisión **personal** el tomar este paso de reubicación hacia los lugares pobres, en cierto sentido es aún más significativa la decisión de una congregación de quedarse o de mudarse, el compromiso de una congregación a mantenerse enraizado o de reubicarse. La posición operativa⁴ de un grupo que decide quedarse en un lugar puede ser una reflexión de su teología de la encarnación, de presencia en cuerpo, de amor sacrificial y de compromiso con los más pobres, los más humildes y los perdidos. (Claro que puede ser todo lo opuesto, que se queden porque no tienen motivación, o están decayendo, esperando la muerte, o paralizados por otras razones de historia o tradición).

Es posible, por supuesto, permanecer en un lugar de pobreza y necesidad y aún estar distante de él. Hay ejemplos múltiples de congregaciones que viajan a un espacio para celebrar un culto de adoración y que nunca hacen una conexión entre el espacio que comparten con los pobres urbanos a su alrededor. Es muy posible vivir en la ciudad y evitar la pobreza y sus problemas; uno sencillamente tiene que mirar en otra dirección.

Para aquellas congregaciones que deciden que parte de su identidad nazarena es de resistir la tentación de mudarse, el compromiso que ellos evidencian al permanecer en una comunidad para servirla, re-formarla, participar con sus miembros, desarrollar vida mutua a través de servicio compartido, compartiendo comida y bebida, aprendiendo juntos lo que significa proclamar verdad ante poder practicando transformación a través de encuentros trans-culturales (sean culturas raciales o fiscales, educativas o en base a castas) -- este compromiso es un testimonio poderoso para Cristo.

Participación personal: 'un deber básico'

Claro que congregaciones se componen de sus partes constituyentes. Personas. La profesionalización del cuidado de los pobres, los enfermos, los frágiles psicológicamente, los adictos, la gente sin hogar – la transición de una aproximación de persona-a-persona, vecino-a-vecino a una aproximación de uno que cuida porque es su empleo profesional y potencialmente saca ganancia por cuidar, es una transición que obra en contra del desarrollo de una mutualidad genuina entre el pobre y el que cuida. Eso no es decir que el cuidador profesional no tiene un papel que jugar, pero nuestro cuidado por los pobres no puede ser únicamente en base a cuidado profesional. El líder pastoral por sí sólo no puede ser el único que visita, hace contacto con, o aboga por los pobres. El remover el cuidado “del vecino” de

⁴ Es decir, la forma en que un grupo pone sus prácticas en acción.

una congregación también puede cambiar la comprensión de la pobreza en un concepto abstracto y de “los otros”; creando suposiciones acerca del uso de dinero, uso de tiempo o circunstancias de los pobres (“ellos” son holgazanes, adictos, o gastan todo su dinero jugando a las apuestas, en televisores de grande pantalla, bebida, etc.), haciendo difícil el desafiar las suposiciones estereotípicas. La necesidad para que hombres y mujeres participen mutuamente, visiten en sus casas, conversen como iguales, experimenten las realidades de otros, es significativo. Es por medio de experiencias personales compenetradas que las circunstancias genuinas que producen la pobreza pueden ser desafiadas, exploradas y transformadas. Esto, por sí solo, es un obstáculo enorme: para poder participar con personas que experimentan la pobreza urbana “ellos” deben ser parte de un encuentro como personas. Nombrados y conocidos por otros como co-iguales en Cristo. Claro que la política, obra social, agencias de transformación también son parte de la solución. Sin embargo, también es vital la necesidad de conectividad a nivel de base, para que hombres y mujeres tengan un encuentro como personas; sin este tipo de encuentro de base como personas, puede ser limitada la transformación que reconoce a otros como agentes y sujetos.

¿Cómo afecta todo esto nuestra eclesiología? Creo que nos empuja más a considerar el tipo de iglesia que somos. Como iglesia formada bíblicamente, nuestro mandato es claramente entre las personas, abogando por el prosperar/florecer de la ciudad, participando en obras prácticas de justicia y redención. Como una iglesia teológicamente wesleyana, creemos que las buenas nuevas son para todas las personas, que todos pueden ser redimidos, que el pecado puede ser vencido y que podemos conocer con seguridad que somos salvos. Creemos que por la gracia el Espíritu Santo puede transformar, y en verdad transforma a las personas. Creemos que las personas pueden llegar a ser más de lo que sus circunstancias pueden prescribirles. Como iglesia de santidad teológicamente, creemos que los estilos de vida que relejan semejanza a Cristo, tanto corporativamente como personalmente, dan testimonio del Señorío y autoridad de Cristo sobre todos los elementos de nuestras vidas. Como una organización que celebra el sacerdocio de todos los creyentes, que cree en el ministerio laico y membresía del laico, que hace posible que congregaciones equipen y empoderen, creemos que cualquiera puede ser llamada a liderar, a hablar, a ministrar. Sin embargo, hay aspectos de nuestro desarrollo que se deben tomar seriamente para poder continuar sirviendo con, y al lado de, los pobres urbanos.

Primero, debemos ser conscientes de nuestras acciones y buscar que nuestras acciones genuinamente empoderen al pobre. Esto puede ser a través de abogar por aquellos que tienen menos voz, pero tal acción debe tratar de empoderar a aquellas voces para que puedan hablar

por sí solos. Esto puede quizás ser cuestión de educar a la congregación, formar intencionalmente espacios que otorguen poder (juntas, comités, centros de acción) para que la voz de los que típicamente no tienen voz se pueda escuchar. La membresía de la Iglesia del Nazareno, disponible para todos los que participen y afirmen los artículos de fe, necesita ser más sustancial que un certificado y más empoderador que un voto. Aunque estas cosas son importantes, queremos asegurar que la iglesia escuche la voz del pobre – deliberadamente y repetidamente y, al escuchar, responder con hechos que ayuden desarrollar dignidad y ayuden librar vidas oprimidas.

Segundo, al resistir la re-ubicación a lugares de riqueza, debemos seguir reflejando el lugar donde nos mantenemos ubicados. Debemos considerar nuestra presencia y reflexionar sobre cómo contextualizamos nuestras congregaciones de tal manera que desafiamos la opresión pero que la cultura alrededor encuentra gracia de la iglesia. La expectativa wesleyana de que Dios está obrando en estos lugares aún antes de nosotros aparecer para cuidar de ellos, que Dios sin cesar obra en pro de las personas, significa que nosotros hemos de buscar formas de demostrar que esto es verdad. Esto significa el discernir, el participar, el compromiso con la comunidad local es vitalmente importante.

Tercero, como congregaciones debemos practicar la resistencia ante esos elementos dentro de la cultura que oprimen o aseguran la realidad cíclica de pobreza para estas personas que menos puede librarse de esa pobreza sin intervención. A la misma vez, debemos asegurar que la intervención – cuando es practicada – es limitada en tiempo y que se desarrolla de tal manera que rechaza el colaborar con los mismos problemas que estamos tratando de resolver. Como congregaciones, es vital el conocer y poder darle nombre a la realidad sistémica. Como congregaciones, el comprender que el pescar/enseñar a pescar; dinero/enseñar a trabajar, etc., etc., debe ser parte del espíritu y los valores de nuestra acción social. Nos sentimos obligados a reconocer aquellos aspectos de opresión en que hemos colaborado.

Cuarto, necesitamos considerar de nuevo nuestra identidad como se relaciona a nuestra verdad corporativa; somos hijos de Dios. Como tales, nuestra identidad cristiana principal (enraizada en una comunidad que es una familia ficticia) es formada por aquellos entre nosotros quienes son pobres, así también como por los ricos. ¿Cómo nos aseguramos de que el trato no preferencial hacia los ricos, del evangelio, es parte del código y valor entronado dentro de las comunidades que servimos? ¿Cómo enseñamos y equipamos a la congregación para que aquellos con más poder puedan vaciarse de ese poder y servir? ¿Cómo podemos asegurarnos de poner en práctica el ADN de igualdad que heredamos de Cristo (cuyos discípulos fueron una mezcla, de acuerdo a lo que podemos discernir) y de poner en

práctica hoy lo que heredamos de nuestras herencias wesleyanas y del movimiento americano de santidad, que enfatizaban la predicación a los pobres en su día y de empoderarles a ser iguales en Cristo? El empoderar a las personas a que jueguen un papel, tomar responsabilidad los unos por los otros, asegurando que en nuestros cultos públicos llamemos a servir a personas de distintos trasfondos, creando espacios para que se cuenten las historias y que haya oración mutua o servicio al lado de otro, todo esto puede ayudar a crear una identidad de prácticas compartidas que reflejan la unidad en Cristo.

Este aspecto de re-categorización es significativo: ya no somos personas que miran a los pobres como “Aquellos” y que categorizan a los pobres, o los pobres “ponga su adjetivo aquí” (merecedores, holgazanes, raza xyz). Esta práctica pone distancia entre nosotros y los pobres, quienes deben tener nombre y ser conocidos por nosotros, amados e identificados como humanos, con nueva humanidad por la presencia de Cristo en ellos. Esto es de profunda importancia para la iglesia.

Quinto, debemos ampliar nuestras imaginaciones. ¿Podemos imaginar la ciudad como renovada? ¿Podemos incluir tal perspectiva llena de esperanza en nuestros sermones, nuestras enseñanzas y nuestras prácticas? ¿Qué significaría el alinearnos con la visión de Dios para la ciudad como un lugar de paz, hogar, refugio y adoración? ¿Qué es lo que nos permitiría ver una visión y tomar acción para que la ciudad llegue a ser un lugar de esperanza regenerativa? ¿Restaurada a tal punto que las comunidades de personas de santidad fueran vistas como personas *en pro* de la ciudad? Participando creativamente con la sociedad urbana y fragmentada, identifique los vistazos de esperanza dentro de sistemas que buscan restaurar ciudades, y formar las prácticas compartidas de comunidad que ayudan a esparcir la restauración como un contagio alterno de santidad, todos son partes de prácticas imaginativas y proféticas en las que podemos participar.

Sexto, debemos reflexionar corporativamente sobre nuestra acción simbólica y no parar de proclamar verdad. El papel de la iglesia necesariamente incluye el tener una ética, llamar al mundo a rendir cuentas, el ser una línea de medición para justicia. Las tensiones que nos desafían en nuestro deseo de ayudar a gente pobre y a la vez ser parte de sistemas que continúan los ciclos de pobreza deben ser resueltos. El proclamar verdad y el arrepentimiento bien pueden ambos ser parte de nuestra historia.

Séptimo, la riqueza de nuestra iglesia debe ser usada consistentemente obrando por los más pobres. El ser creativos en usar el dinero para servir, no para ser servidos. El apoyar el desarrollo de liderazgo para los que vienen de hogares menos privilegiados, apoyando liderazgo bivocacional creativo en iglesias que de otra manera no tendrían liderazgo pastoral.

Octavo, en el desarrollo de la iglesia debemos continuar apoyando cristianos que se están desarrollando como políticos, maestros, profesionales en los medios audiovisuales, artistas, científicos: hombres y mujeres igual, llamándoles a cuentas para que tomen en cuenta a los pobres y que sean conscientes de que en todo lo que hagan han de servir a Cristo y a los más humildes socialmente. También hemos de tomar seriamente los asuntos más amplios de pobreza ambiental, pobreza de comida, las implicaciones para nuestros estilos de vida, y animar a aquellos que toman posiciones de poder a que reflexionen sobre las necesidades de los pobres – dondequiera que se les encuentre. Aceptamos totalmente el hecho de que la pobreza es diferente en Gran Bretaña que en Bangladesh, o en los EEUU y en Uganda, Bahrain y Brazil... la iglesia sin embargo necesita apoyar a aquellos en cada una de estas sociedades que se esfuerzan hacia un nuevo camino para el bien de los pobres.

Las implicaciones pastorales de todo esto son profundas. Las complejidades de la vida en congregaciones, hay una necesidad para que congregaciones practiquen el discipulado más allá del culto de adoración y en un caminar diario con El Otro. La Iglesia del Nazareno deberá reunir a personas dispares – los ricos y los pobres – en una misma congregación donde el interés mutuo y una visión de unidad son identificados como esenciales. La Iglesia del Nazareno en su política y en sus prácticas debe aprender a estar ubicado en los lugares de los pobres – y en identificar injusticia y desafiarla, ser formada de nuevo en una comunidad que refleja la transformación del Espíritu Santo en las vidas de hombres y mujeres, quienes a través de un encuentro con Cristo llegan a ser formados de nuevo en una identidad basada en fe, no en nivel socio-económico.

En el ciclo de teología práctica, presentado por la teóloga británica Helen Cameron, ella nota que hay cuatro voces en el ciclo pastoral: comprensión normativa, (la Biblia, el Manual, etc.); comprensión formal (lo que los teólogos y otros dicen); la comprensión declarada (lo que nosotros decimos en voz alta acerca de nosotros mismos); y la operativa (lo que HACEMOS). A medida que estos elementos se informan y se forman mutuamente, la iglesia avanza en su auto-comprensión.⁵

Mi propio sentir en este documento, es que en lo normativo, formal y declarado, sabemos quiénes somos: una iglesia de los pobres y para los pobres. Al crecer nosotros, al tornarse el mundo más urbano, al participar nosotros con los más humildes de la sociedad, nuestras realidades operativas necesitan continuamente apegarse a quién decimos que somos. No seremos completos hasta tal punto en que lleguemos a ser una iglesia que refleja al

⁵ Helen Cameron, *Talking about God in Practice [Hablando acerca de Dios en la Práctica]*, Londres: SCM, 2010.

Nazareno, conocido por su sacrificio y pobreza, su presencia con los más humildes de la sociedad, su esperanza para toda la humanidad y toda la creación, por quienes él vino y por quienes él anhela.